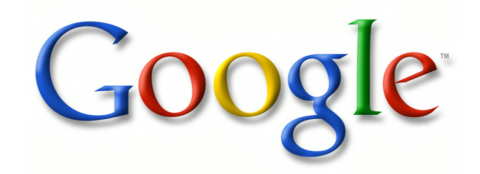

Google

Casanova y Estrada, Ricardo, Abp. of Guatemala.
Elogio funebre de León XIII Pontifice Maximo.


Quetzal



A. Taracena F.

A. Taracena F.

ELOGIO FÚNEBRE

DE

LEÓN XIII

PONTÍFICE MÁXIMO

POR

EL ILMO. Y REVMO. SEÑOR DON

RICARDO CASANOVA Y ESTRADA

ARZOBISPO DE GUATEMALA



1903.

ELOGIO FÚNEBRE

DE

LEÓN XIII

PONTÍFICE MÁXIMO

In medio ecclesiae aperiet os eius, et adimplebit illum spiritu sapientiae et intellectus.... et firmabitur in illo, et non flectetur.... et stola gloriae vestiet illum.

En medio de la Iglesia le desplegará los labios, y lo llenará de espíritu de sabiduría y de entendimiento.. . y se afirmará en él, y él no se doblegará .... y lo vestirá con túnica de gloria.

ECLESIASTICO cap. XV. v. 3 y 5.

VENERABLE CABILDO Y CLERO:

HERMANOS QUERIDOS:

EL SÉR soberano que existe por su propia esencia y de quien recibe sér todo cuanto existe, Aquel cuya voluntad omnipotente hizo surgir la creación del abismo de la nada y cuya providencia conserva lo creado, sin desdeñar los pájaros del aire ni la hierba de los campos, se manifiesta especial y magníficamente próvido en favor del hombre. Bajo del íntimo y universal influjo de la ley natural, bajo del mandato explícito y más claro de la ley escrita, bajo del precepto de la ley evangélica, suma perfección moral, la creatura predilecta fué siempre enseñada y protegida del Altísimo, y encaminada de un modo, ya visible, ya oculto, pero siempre admirable, por las sendas que la conducen á su final destino. En la Iglesia cristiana, acabada forma de la sociedad religiosa, ha brillado siempre el gobierno de Dios singularmente. El ha suscitado en los diversos órdenes que la componen y más á menudo en la suprema cátedra, centro de la unidad y fuerza espiritual, varones eximios que la han ilustrado con su sabiduría y edificado con sus virtudes, conservando en la sucesión de los tiempos esta obra divina; pues eternamente decretó que por medio de ella alcanzase el hombre esa existencia

inmortal de perfección y felicidad sobrehumanas que solo puede darle el sumo Artífice que le formó á su imagen y le reformó á imagen de su eterna Palabra, unida en consorcio inefable con nuestra naturaleza.

El Pontífice que el mundo llora fué de esos hombres extraordinarios: su entendimiento y su saber, igualados por muy pocos, dignos uno y otro del siglo más culto entre los que hermosean la Historia: su índole moral, proporcionada á las borrascas sociales y religiosas y á las lides del espíritu en que tan señalado fue ese siglo. La gloria de LEON XIII vive, y no de hoy, en todas las conciencias: púdose compilar un libro con los testimonios de alabanza que dieron acerca de él hombres de nota, diversos en opiniones y creencias. Y testimonio más elocuente, bien que tácito, fue en su manera aquel afluir de gentes que vió la histórica mansión de los papas, aquel como animado río de hombres de toda condición, estado y ejercicio, desde testas coronadas hasta humildes trabajadores, de religiones varias, de remotas comarcas, anhelando escuchar ó ver siquiera al Pontífice sabio y demostrarle veneración y cariño. Dios ordenó que la alteza intelectual y las virtudes de su Vicario alcanzasen en la tierra gloria tan esplendente como pura, anuncio de la aureola de divina lumbre que le destinaba en el cielo: *stola gloriae vestiet illum.*

Y es que fue LEON lo que ha de ser, hoy más que nunca, el Vicario de Cristo: luz que haga visible y hermosa la verdad á los hombres; prudencia que maneje las llagas de la sociedad humana sin enconarlas, ya que no las pueda curar siempre; y fortaleza que resista á los adversarios de la obra divina, y si no los redujo y persuadió con la palabra, vencerlos siquiera con la fuerza moral de un espíritu constante. Ellos eran: error, ignorancia, ánimo hostil. Curó ignorancias y disipó errores porque el Señor lo había llenado de espíritu de sabiduría, *adimplebit illum spiritu sapientiae:* allanó obstáculos y resistencias que las pasiones, favorecidas de la ignorancia ó del error, le suscitaron; pacificó y gobernó la Iglesia, dándola el sosiego y la felicidad que consienten los tiempos, porque Dios lo había llenado también de espíritu de entendimiento, *adimplebit illum spiritu intellectus:* con ánimo fuerte llevó la cruz del sumo pontificado y superó á los enemigos que no ablandó con su prudencia y sabiduría, sin ceder á sus intentos jamás, y edificando la Iglesia con el ejemplo de su magnanimidad y constancia; porque el espíritu divino que en él fué sabiduría y entendimiento, fué igualmente fortaleza, y se había arraigado en él para que él no se doblegase, *firmabitur in illo et non flectetur.* La universal y profunda impresión que la muerte del ilustre nonagenario ha causado por doquiera, demuestra que el mundo conoce bien lo que ha perdido. Amor filial y gratitud nos mueven á darle hoy el tributo público de nuestra admiración, como le hemos dado el de nuestro dolor y nuestras plegarias; proponiéndonos también rendir homenaje al Dios creador que enriqueció con dones tan preciosos el alma del que había destinado á representarle con honor altísimo en la tierra.

Vástago de antigua y noble familia de Sena, establecida en la Campania, Joaquín Pecci vió la primera luz en la misma comarca montuosa y salubre (1) donde la vieron, además de otros pontífices, el grande Inocencio III y Gregorio IX, honra del derecho y de la diplomacia cristiana. Por su índole suave y á la vez notablemente firme, por su talento clarísimo, servido de una memoria tenaz y fiel, por su actividad, afectos generosos y prudencia anticipada á los años, pareció desde el principio que la naturaleza le había apartado del mundo y ofrecido al servicio del altar.

A los diezinueve años era repetidor de filosofía en el colegio germánico de Roma: á los veinticuatro doctor en teología y en los dos derechos: á los veintiseis empezó á tener cargos en la prelacía romana: un año después celebró por vez primera el augusto sacrificio, y no tenía veintiocho cuando el papa Gregorio XVI le nombró *delegado* de Benevento, cargo no diverso del de jefe político en nuestro organismo civil. Rayaba esa provincia con el antiguo reino de Nápoles y era refugio de emigrados y conspiradores: infestábanla contrabandistas y bandoleros que los nobles del país toleraban ó favorecían, los más por miedo, algunos por interés en el fruto de insultos y rapiñas. El joven delegado se enteró de la situación, trazó su plan y envió la fuerza pública en persecución de los criminales. Fué preciso combatir castillos y palacios donde muchos se hacían fuertes: ejecutólo Pecci sin reparar en blasones ni guardar miramientos á los poderosos arrimos que tenían aquéllos en la corte pontificia. Cogidos los principales malhechores, los demás huyeron, y el país quedó limpio y seguro. Dedicóse entonces Pecci á impulsar la agricultura y el comercio: abrió caminos y mejoró los que había: redujo y ordenó los impuestos: hizo florecer la provincia. Después le transladó Gregorio á Perusa con igual cargo: allí mejoró la administración de justicia, estableció una caja de ahorros, promovió la educación pública y la industria, y moralizó con tan buen suceso que, al fenecer su administración, las cárceles de la ciudad estaban vacías.

Menos de tres años gobernó á Perusa. En el de 43 le designó el sumo pontífice para nuncio en Bruselas, y fue consagrado al efecto arzobispo titular de Damieta. Poco duró también esta misión, aunque tan grata para el rey Leopoldo y para los belgas, pues vacante la silla episcopal de Perusa, los ciudadanos pidieron por obispo al que con tanto aplauso los gobernara en lo civil, no de otra suerte que el pueblo de Milán aclamó obispo suyo á S. Ambrosio cuando, todavía seglar, ejercía la primer magistratura.

Aquí se detiene notablemente la carrera de Joaquín Pecci. Lo que se deja ver es que, no obstante sus altos dotes de gobierno, la obediencia y la caridad lo retuvieron más de treinta años ejerciendo el episcopado en una ciudad de segunda clase; y si nos fuera lícito investigar la causa, quizá encontraríamos que esas mismas excelen-

(1) Carpineto, obispado de Anagni.

tes partes le cerraron el paso á mayores acrecentamientos: relucían demasiado para la celosa emulación de un valido. Adoremos los designios de la Providencia, no sin preguntarnos: si hubiera gobernado la política pontificia en época de tantos peligros un hombre tan perspicaz y prudente, tan firme y tan leal como el cardenal Pecci, ¿habría caído el poder temporal de los Papas? En fin, libre ya Pío IX de extraños influjos, y sintiendo acercársele la muerte, nombróle Camarlengo invitándole á residir en Roma. Poco después fue el anciano pontífice á recibir el premio de sus virtudes y desgracias. Constituyóse el cónclave con poco más de sesenta cardenales: cuarenta y cuatro votaron por Pecci, y Roma y el mundo supieron que tenían nuevo pontífice con el nombre de LEON décimotercero.

I.

Enseñad á las naciones [1], dijo el Hombre-Dios á su primer Vicario y á los demás apóstoles, enviados suyos para iluminar el mundo entero con la verdad que él en persona vino á revelarnos. Fiel observadora del divino mandato, desde entonces la Iglesia no ha cesado de enseñar: ya patentice errores y los proscriba, ya resuelva dudas, ya proponga espontáneamente la verdad, siempre ha instruído á los hombres. Aun más hizo LEON. La época en que le tocó regir la Iglesia en nada se parece á la época del Dante, por ejemplo, en que un seglar (bien que ingenio portentoso) supo expresar los dogmas cristianos en versos inmortales; ni á la época del concilio de Trento, en el cual Hurtado de Mendoza, émulo de César por la pluma, si no ya por la espada, era escuchado en la venerable asamblea por embajador de Carlos V, y también por teólogo. En nuestra época se observa el hecho extraño de saberse poco de religión generalmente, y de hablarse y escribirse mucho de ella, con éxito plausible de parte de algunos que la estudian, mas con asombrosos desaciertos de los innumerables que la ignoran. LEON XIII declaró también dudas, condenó errores, enseñó en la ocasión; mas no esperó que la ocasión le buscase: buscóla él é hízola permanente estableciendo, como reparo al daño que dijimos, un magisterio constante y acomodado á las necesidades de la época.

Veinte ó más grandes encíclicas sobre altas verdades de la religión y gravísimas cuestiones sociales, sin otras muchas producciones de asunto vario, fueron el sazonado fruto de la sabiduría activa y fecunda de nuestro Pontífice. Escritos magistrales de purísima doctrina: tal de la primera sociedad humana, el matrimonio, y de su restauración y ensalzamiento por Jesucristo: tal del origen de la sociedad civil, y derechos y deberes de la autoridad y del ciudadano: tal de la libertad del hombre: tal de la constitución de la Iglesia y en especial de la

(1) Matth. XVIII, 19.

unidad que en ella resplandece: tal de la sabiduría divina revelada á los hombres en la Biblia: tales otras de la divinidad misma, declarando cuanto es posible los sublimes arcanos de la procedencia del Espíritu de amor eterno, y los de aquel misterio augusto que es llamado antonomásticamente *el misterio de la fe* (1); en éstas discurre sobre las sectas enemigas de la autoridad no menos que de la religión: en aquélla de los remedios que pide la mísera condición de los trabajadores en países menos fértiles que poblados: en esotra de la sana filosofía, auxiliar y en parte fundamento de la ciencia teológica: en otras, por último, junta en uno varios asuntos, como en las cartas apostólicas que dirigió, una á príncipes y pueblos en los días de su jubileo episcopal, derramando los tiernos afectos de su alma sobre la gran familia cristiana; la otra, empezado ya el año XXV de su soberano ministerio, escrita á sus hermanos en el episcopado; en la cual, aún no rendido al peso de más de noventa años, les habla todavía de lo más caro que tiene en la tierra, la Iglesia de Cristo, de lo que ha hecho y padecido por ella, de como le lastima el verla blanco de contradicción, de lo que anhela para ella en los días que vendrán.

Ni esperó, como el profeta (2), que la enferma humanidad, apartada de Dios y revolviéndose en lecho de dolores, le preguntara ansiosa: «Centinela, ¿cuánto falta de la noche, cuándo llegará la aurora?» Desde los albores de su pontificado anuncia, no menos á Israel que á Idumea, que, después de noche larga y angustiosa vendrá para las trabajadas sociedades el día de salud; pero que ellas deben hacer como se acelere. «Si buscáis alivio, les dice, buscadlo de veras, convertíos, venid.» ¿A quién? «A Jesucristo: lejos de él, fuera de su Iglesia, no hay salvación posible.» Salutífera voz que no se cansó de repetir. Y para mover las voluntades juntó la luz de la doctrina con el poder de la oración: derramó los tesoros que la Iglesia guarda para sus hijos penitentes: avivó, con creces, el culto de la Madre de Dios: instituyó plegarias públicas perennes, y las sostuvo con tesón tanto más admirable cuanto menos se columbraba el remedio de males ya envejecidos.

El mundo civilizado, sin distinción de partidos ni creencias, escuchó con respeto general, si no con los mismos efectos de dócil sumisión, aquella palabra luminosa que, ilustrada por la sabiduría en la contemplación de la Causa eterna, mostraba la dimanación de sus efectos que son segundas causas de todo lo que existe, deshaciendo engaños y recordando necesarias y saludables verdades. La doctrina de LEON atraía las inteligencias, no sólo por elevada y clara en los conceptos, perspicaz en penetrar las causas de los males, acertada y oportuna en señalar los remedios, sino por la belleza del estilo y serena templanza del lenguaje que la revestían, y tal vez más que

(1) La Eucaristía, *mysterium fidei*.

(2) Isaias, XXI.

todo por el veraz y vivo anhelo del bien de los hombres que se transparentaba dulcemente en toda ella.

Pero la luz de la verdad, si ha de llegar á todas las almas, urge se difunda por doquiera, se presente de cerca, se acomode á todos los ingenios. Para obtenerlo instituyó Jesucristo el sacerdocio. Y como la enseñanza que éste imparte, aun la más elemental y simple, aun el bocado lácteo de los párvulos en la fe, ha de traer su principio de lo más profundo de la filosofía y de la revelación, LEON se propuso proveer al sacerdote, que es por ministerio predicador y catequista, de una regla filosófica que con seguridad le indicase los fértiles terrenos donde crece la planta del saber. Esa regla tomó en los escritos de santo Tomás de Aquino.

Cuán altamente los estima la Iglesia, sabido es de todos. Plácenos decir algo siquiera de cómo los han juzgado plumas notables, ó poco afectas al catolicismo, ó notoriamente hostiles al pontificado. Ya dicen que la *Suma teológica* «es uno de los mayores monumentos del espíritu humano en la edad media, y que contiene elevada metafísica y un sistema completo de moral y aun de política» (1). Ya reconocen que el ilustre aquinés «aunó con la sabiduría cristiana la oriental y la gentílica, atesorando en su mente prodigiosa el saber que durante siglos acumularon las meditaciones y fecundas polémicas de los santos Padres y la ciencia de Platón y de Aristóteles, con las creces que la dieron árabes y hebreos; que en su vasta inteligencia se compendió un movimiento intelectual que ya contaba doce siglos, tan general, tan intenso y tan fecundo como nunca quizá lo vió la historia; que así formó un organismo científico no inferior á cualquiera de las más poderosas síntesis que por mente humana se hayan realizado; que lo empleó en ilustrar la fe, en afirmarla, en asegurarla el asenso de la razón; que, valeroso y constante defensor, en la edad media, del sér individual de las cosas y del personal del hombre, contra él se dirigió principalmente la reacción del Renacimiento y edad moderna, que contrapusieron á la razón católica el libre examen, al concepto del individuo y de la persona el concepto del todo, y á la substancial variedad de los seres la unidad absoluta del sér.» Que es el panteísmo. Y acaba este crítico exclamando: «No tiene la filosofía católica mayor ni más completo representante que santo Tomás» (2).

Mas como no exista obra humana totalmente perfecta, el ilustrado juicio del Pontífice descartó de aquella grande concepción algunos defectos, ya obra de ideas dominantes en la época, ya restos de antiquísimas filosofías, y así propuso á los obispos del orbe que: «para defensa y honor de la fe católica, (son sus palabras), para bien de la sociedad, para incremento de todas las ciencias, restauren y propaguen el áureo saber de santo Tomás. El saber de santo Tomás

(1) Cousin.

(2) Artículo publicado en *L'Opinione*, diario liberal de Roma; (G. M. Cornoldi S. I. *La Riforma della filosofia promossa dall'enciclica Aeterni Patris*).

decimos (continúa LEON); pues si algo fué por los doctores escolásticos, ó con nimia sutileza investigado ó enseñado con menos cordura y madurez, si algo en sus escritos hay menos conforme con doctrinas ciertas de los tiempos que siguieron; algo, en fin, que por cualquier concepto no merezca aprobación, en manera alguna intentamos proponerlo á la imitación de nuestra época.»

Tal es la substancia de la encíclica *Aeterni Patris*. El episcopado la recibió con respeto, con docilidad, con gozo. A los pastores de la Europa central se unieron en expresa y entusiasta adhesión los de Irlanda, Bulgaria, Albania, Malta, Canadá y Estados de la América del Norte. Decían que, por haber deseado siempre se honrase en las escuelas la filosofía del doctor de Aquino, gozaban de verla recomendada por la voz del superior é infalible maestro de la cristiandad. El Pontífice por su parte, añadiendo la acción á las palabras, ordenó una edición nueva de las obras del ínclito ingenio, fundó la Academia que lleva su nombre, depositaria y cultivadora de su doctrina, y alentó á cuantos se mostraban admiradores de la ciencia tomística.

Enamorado del saber, ¡cuántas instituciones de educación favoreció, cuántas le deben la existencia! Bajo sus auspicios fundáronse en Roma los colegios universitarios de los Estados Unidos, de Bélgica, de España, de Bohemia: allí fundó él mismo el de maronitas y armenios; en Atenas, liceo y seminario para los griegos de nación ó de lengua que observan el rito latino; otro colegio para griegos melquitas en Jerusalén, otro en Mosul para sirios y caldeos. Cooperando el emperador de Austria, erigió de cimientos el colegio ruteno. Elevó los estudios literarios en el seminario de Roma, mejoró los de filosofía y teología en el del cabildo de san Pedro, dándole rico gabinete de física y de historia natural; y dejó por señalados testimonios de su ilustrada munificencia, en Anagni el magnífico Instituto de estudios superiores para los obispados de la Campania, y en Roma el de alta literatura, donde por cinco cátedras se difunde el perfecto conocimiento de las letras italianas, griegas y latinas. ¡Obra digna por cierto del Pontífice poeta, del insigne humanista que por tantos años deleitó á la república literaria, no sólo con la castiza y elegante latinidad de sus encíclicas, sino con variadas producciones en el mismo idioma y en el patrio, donde campean alteza de conceptos, brillantez de imágenes y una clásica hermosura en el decir, no inferior á la del siglo de oro de otro León, predecesor suyo, décimo del nombre.

Ninguna instrucción lo encontró indiferente: ni por humilde la que llamamos primaria, ni por ajena la de aquellas disciplinas que no son propiamente eclesiásticas. Sabedor, al empezar su pontificado, de que el municipio de Roma había quitado de sus escuelas el catecismo cristiano, escribió al cardenal Vicario sobre establecer escuelas primarias, y antes de un año tenía veintinueve en la ciudad papal. ¿Trátase de instituir una facultad de ciencias políticas y económicas en la universidad de Friburgo? El Pontífice destronado envía una ayuda de costa digna de un rey. Promueve además con instancia

eficacísima la organización del Instituto oriental de Lovaina, y restablece y mejora, en el recinto del Vaticano, el antiguo observatorio astronómico. Habíalo fundado Gregorio XIII para los estudios previos á la reforma del calendario: tras dilatado desuso es abierto por LEON á los trabajos de la ciencia, dotado por él de todos los instrumentos de que se vale la moderna astronomía, puesto, en fin, con aplauso de los sabios en el corto número de las científicas atalayas que ejecutan la grandiosa obra del mapa fotográfico del cielo, monumento que transmitirá á los venideros la disposición exacta de los orbes celestiales en las postrimerías del mundo.

Empero, demos paso á la «Madre de la verdad y émula del tiempo» (1), á la Historia, que reclama derecho mejor que el de otras ciencias para inscribir en sus más lucientes páginas el nombre de LEON XIII, no sólo por varón esclarecido, mas también como protector amante y generoso.

Lumbrera de Alemania era Hergenroether, autor de una *Historia de la Iglesia:* no tarda LEON en galardonar con la púrpura su mérito. A él, al benedictino Pitra y á Antonino de Luca, también cardenales, escribe la célebre carta de 18 de agosto, año de 83, estimulándolos á las tareas históricas. El archivo y la biblioteca del Vaticano encierran tesoro inmenso de instrucción, único en el mundo; mas no era fácilmente franqueado al estudioso, así por lo rígido de los estatutos, como por no hallarse en el orden más acomodado al uso de tan inmensa colección de documentos. Lastímase LEON de ver poco menos que desaprovechada tal riqueza. No se le oculta, dice, la afición ardiente que en nuestros días impele á los hombres á estudiar la historia; que de ésta abusan muchos para obscurecer la verdad ó contaminarla; que juzga ser oportuno remedio á este mal el facilitar sean conocidas las puras fuentes históricas por medio de los monumentos originales acumulados en aquellos sagrados depósitos (2). Muda los antiguos reglamentos en otros tan favorables como los más fáciles de cualquier archivo público de Europa; mejora el arreglo y servicio de la biblioteca; y para que nada falte á las conveniencias de la docta aplicación, funda una escuela de paleografía y de historia comparada; abre una sala de estudio para el de los manuscritos antiguos que, ya tan numerosos, crecieron aún por la compra de cuatrocientos volúmenes del archivo de los príncipes Borgheses, valiosos códices pertenecientes los más á la biblioteca de los papas de Aviñón, y establece una de consulta con museo anexo, que es poco menos que biblioteca de ciencia universal. Ya veía próxima la muerte y aun ardía en él este amor al saber que le movió á adquirir para la Iglesia romana, haciendo no ligero sacrificio, la magnífica biblioteca de los príncipes Barberinis: cincuenta mil

(1) Cervantes.

(2) *Motu proprio* de 1º de octubre de 1888.

volúmenes impresos y doce mil entre preciosos códices y legajos del archivo fueron á aumentar la riqueza de la biblioteca vaticana.

No tardaron en cogerse los primeros frutos de manejo tan ilustrado. A más de los *registros* de Clemente V, hermosa publicación de los benedictinos, protegida de la munificencia de LEON, fuera de los registros de León X que de orden de este su ilustre sucesor da á luz el cardenal Hergenroether, son de citar los numerosos volúmenes compilados por la Escuela francesa de Roma [1] y la fundación de un instituto semejante por el imperio de Austria: en Hungría se forma una Junta eclesiástica que prepare la publicación de los monumentos húngaros del archivo vaticano: manda Baviera tres acreditados historiadores á trabajar en la miés: aprovéchanla á porfía los prusianos, así protestantes como católicos, y de ella empieza el eruditísimo Luis Pastor á nutrir su *Historia de los Papas posteriores á la Edad media:* un escritor ruso católico saca de la obscuridad una faz notable de la historia de su patria [2], y posteriormente la Academia de Cracovia publica á sus expensas el estimable trabajo de una sociedad de historiadores de la antigua nación polaca, tan digna de simpatías [3].

Hermosa es la sabiduría: ámala el sabio como á la esposa de su espíritu, hasta el punto, dicen las divinas páginas, de hallar por su inspiración *sublimes modulaciones con que entona bellamente las alabanzas del Señor* [4]. La belleza repartida en los séres creados nos conduce al conocimiento y amor de la belleza increada: bien que difundida en quebrados y dispersos rayos, la luz espiritual ó la visible con que toda belleza natural deleita la mente ó el sentido, eleva también el espíritu hasta el Sol divino de quien todos ellos brotan, y por quien las cosas todas son y se gobiernan. Pero no es menos cierto que nuestra idea, si bien defectuosa, de la hermosura de Dios dispone recíprocamente por admirable modo á gustar la belleza creada, lo mismo en la poesía que en las artes. Poeta y artista fue LEON XIII en la significación más alta de estos vocablos: en su alma alentaron vivamente la afectiva delicadeza y la luz de fantasía tan frecuentes en el pueblo itálico. Los papas han embellecido la ciudad eterna con monumentos inmortales: LEON no fue menos que sus predecesores, bien que en circunstancias mucho menos propicias. Con qué afición preciara estas flores de cultura que llamamos artes bellas, lo dicen: la insigne capilla de san Cirilo, apóstol de los esla-

(1) Sobre colecciones canónicas, *registros* del siglo XIII, historia de Francia, erudición en el siglo XVI, &.

(2) El P. Pierling S. I. *Relaciones entre Moscovia y Roma en tiempo de los papas Pío IV, san Pío V y Gregorio XIII.*

(3) *Catálogo de Actos y Documentos que ilustran las cosas de Polonia (La Civilta Cattolica*, Cron. contemp., dicembre 1889.)

(4) Sap. VIII, 2—Eccli. XLIV, 5.

vos, construida por LEON de su peculio propio en la basílica de san Clemente: el gran monasterio internacional que para los hijos de Benito de Nursia mandó labrar en la cumbre del histórico Aventino: la restauración de las salas de Borja en el Vaticano, con que salvó de la ruina pinturas admirables de la escuela romana; y las renovaciones magnas de la basílica de Letrán, cabeza y madre de todas las iglesias: conservó allí las preciosidades artísticas del antiquísimo ábside, las rodeó del magnífico esplendor de la arquitectura moderna y erigió marmóreo sepulcro que guarda las cenizas de su antecesor y compatricio Inocencio III, que píamente transladara de Perusa. Duerme el sueño de la muerte el egregio pontífice de la edad media allí donde presidió el famoso concilio de 1215 y dió espíritu inmortal á las grandes religiones de santo Domingo y san Francisco.

II

Si de la actividad mental aplicada al conocimiento de la suprema Causa nace la sabiduría, esa misma actividad, aplicada á las cosas humanas, da origen á la *prudencia*, virtud indispensable en quien ha de gobernar á los hombres. Porque la sabia doctrina da á conocer, sí, el Bien sumo y los bienes inferiores en cuyo goce está la felicidad de la tierra; mas el prudente gobierno suministra los medios de llegar á la posesión de esos bienes y emplearlos en asegurar el fin del hombre y de la sociedad, así religiosa como civil. Promover lo favorable, resistir ó corregir lo adverso, oficios son, pues, de la prudencia animada de la fortaleza en el régimen de la Iglesia católica.

La disposición de los principales gobiernos no la era propicia al empezar el pontificado de LEON XIII. Su inmediato predecesor había proclamado á la faz del mundo verdades grandes y saludables, más poco gratas á los poderes del siglo, inficionados, cual más cual menos, de los principios erróneos que públicamente reprobara Pío IX.

De poco tiempo había sucumbido en Francia el gobierno de Mac Mahon al empuje de radicales y sectarios: la frase *El clericalismo es el enemigo* había retumbado en la tribuna como grito de guerra de una fracción pequeña en número, pero en osadía grande: fue quitada la libertad de enseñanza y desterrados los jesuitas y otras congregaciones docentes. Tres partidos dividían la asamblea: el de realistas, escaso; no mayor el de socialistas y radicales; pero unidos ambos en la ocasión superaban la mayoría obediente al gobierno, adversario común: poderosos para estorbar, eran incapaces de fundar cosa alguna. La mayor parte de la nación desaprobaba por la prensa liberal moderada, como por la católica, las medidas anticristianas del gobierno; empero, las elecciones constante y copiosamente favorables á republicanos, y sólo en corto número á socialistas y monárqui-

cos. La tercera república era ya entonces el gobierno de más larga vida desde que Luis XVI cayó sacrificado.

Causas semejantes fomentadas por la secta de *católicos viejos* habían producido, en Bélgica y en Suiza, iguales efectos de enemistad á la religión y á su doctrina: ambas injuriadas públicamente: el nuncio apostólico despedido de Bruselas y la legación belga en Roma suprimida: documentos falsos ó incompletos publicados con ofensa del Pontífice: desterrado el ilustre Mermillod, obispo de Lausana y de Ginebra.

En Inglaterra, á la hostilidad crónica y general del cisma agregábase la personal de Palmerston, decidido protector de la revolución italiana. Gladstone por su parte combatía abiertamente el catolicismo y el pontificado, y si no acabó la universidad católica de Dublín, no fué porque él omitiese esfuerzos á fin de conseguirlo.

Cortadas en Rusia desde el año de 1867 las relaciones diplomáticas con la santa Sede, ardía el fuego de la persecución religiosa encendido por Alejandro II, con destierro de obispos católicos y muerte de alguno de ellos [1], y con apostasías arrancadas á poder de flagelaciones y crueldades increíbles, sin miramiento á las solemnes é indignas protestas del generoso Pío IX.

No menos amargó sus años últimos la opresión de los católicos en Alemania, efecto de lo que llamaron sus autores *lucha por la civilización* [2]. Había escrito Hegel «que el Estado es el Dios presente y verdadero, que es eterno, que es para sí su propio fin y tiene absoluto derecho en los individuos.» Si Bismark no opinaba puntualmente como su compatricio filosofador, en esa ocasión obró como si opinase. El dogma de la infalibilidad pontificia había enconado su fanatismo luterano y sus instintos despóticos. Pensó ó fingió pensar que el papa, infalible en la moral y en el dogma, era por el mismo hecho investido de supremacía política sobre los estados, y que éstos debían defenderse de tales invasiones. Al efecto hizo promulgar las leyes de mayo de 73 que esclavizaban las comuniones religiosas al beneplácito del gobierno. Ningún oficio eclesiástico se podía dar sino á un alemán calificado de apto por las autoridades políticas: los seminarios bajo la inspección del gobierno, y en los menores prohibida la entrada de más alumnos: al obispo que por un año dejase de proveer una parroquia según dichas leyes, se le suspendía la renta y aplicaba una multa que se repetía hasta que proveyese. Fué instituida una corte real para negocios eclesiásticos á la que podía apelar todo clérigo castigado por su obispo; sancionado todo eso con multas crecidas y prisión al menos por un año.

Los efectos de esa tiranía, reprobada con justa severidad aun por los periódicos protestantes de mayor nota [3], fueron á los pocos

(1) Constancio Ireneo Lubienski, obispo de Augustowo.

(2) Culturkampf.

(3) Sirvan de ejemplo el *Times* de Londres y el *Reich bote*, órgano principal de la iglesia evangélica en Prusia (O'Reilly, *Vida de León XIII*).

años: más de cien parroquias, ó vacantes ó sin administración ordenada, número que fué creciendo por días: la mitad de los obispos, centenares de párrocos ó vicarios, varios miles de religiosos y religiosas echados del país: desconcertada la instrucción eclesiástica: prohibida la asistencia del clero á los actos del estado civil y aun al lecho de los moribundos [1]. Y en otro orden: desvío y hasta odio de la religión, progreso del socialismo, aumento de la desmoralización y criminalidad, todo ello fruto de la persecución que presidía Bismark en Alemania y solapadamente atizaba en Suiza, en Francia y no poco también en Italia.

Bien que en diverso modo, Irlanda afligía con viveza igual el corazón del Padre santo. La miseria, el hambre, el rigor antiguo de la metrópoli inglesa, agravado á consecuencia de los conatos de libertad, formaban un cúmulo de sufrimientos cuyas convulsiones no alcanzaba la religión á contener: las sociedades clandestinas, tan fáciles en promesas, no daban en su manejo más fruto que turbulencias y discordias. No una vez sola escribió LEON al arzobispo de Dublín, sugiriendo el uso de medios legales y pacíficos, aunque de efecto más tardío. Envió al prelado Persico que en vano trató de persuadir: estaban los ánimos harto concitados, y de otra parte, el Papa debía miramientos al gobierno inglés que, si bien injusto y duro con Irlanda, dejaba libertad generalmente á los católicos en sus inmensas posesiones. De aquí que LEON felicitase á la reina Victoria cuando salvó la vida del atentado de un irlandés demente, y que enviase un representante á las fiestas del aniversario quincuagésimo de su reinado. Estas prudentes atenciones abrieron el camino á la misión confidencial del señor Errington, con cuyo motivo la cámara baja oyó decir á Gladstone «que sabía el gobierno inglés de muy atrás ser el Papa una gran potencia social á los ojos de todos los estados»; cosa por cierto de admirar en tan fogoso protestante. Siguió, á los siete años, la misión pública del general Lintorn Simmons, encaminada á restablecer el fuero eclesiástico en la isla de Malta. Dos siglos había que cesaran las relaciones diplomáticas de Inglaterra con la santa Sede. Y transcurridos casi cuatro desde la apostasía de Enrique VIII y de la mayor parte de la nación inglesa arrastrada por él, el hijo y sucesor de Victoria, Eduardo VII, rey de la Gran Bretaña y emperador de la India, cruzaba los umbrales del Vaticano para manifestar en persona á LEON XIII su cortesía respetuosa. Por esta acción, única en la historia de Inglaterra, acató en el Pontífice de la Iglesia de Cristo una soberanía no parecida á la suya propia, mas tan verdadera y efectiva como ella, y de más sublime naturaleza.

Participa su exaltación nuestro Pontífice á todos los gobiernos, sin omitir á los hostiles, ni aún al fiero perseguidor moscovita: más aún, válese de esta primera ocasión para interceder por los polacos y

(1) Cantú, *Storia universale*, lib. XIX cap. 15.

demás católicos del imperio: congratúlase con Alejandro II las veces que libró de mortales conatos, y cuando sucumbió al fin, víctima de los sectarios, de Roma llegó á Alejandro III la primera expresión de simpatía por el fin trágico del padre. A su vez, el nuevo zar envió un embajador que notificara su coronación al Pontífice, y luego dos comisionados para conferir de asuntos eclesiásticos. Siguióse el conceder que volviesen los obispos desterrados y de nuevo entrasen bajo su jurisdicción los clérigos del país. Se estableció, en fin, una legación permanente de Rusia en la ciudad eterna.

Con tan acertado tino compuso LEON las antiguas dificultades con el gobierno federal de Suiza, que, á más de la paz religiosa devuelta á los católicos, fué monseñor Mermillod restituido á su patria, entrando en posesión del obispado de Friburgo. El protestante *Diario de Ginebra* rindió homenaje á la sabiduría del Papa y al «alto lugar en que ha puesto el pontificado en la consideración de pueblos y gobiernos».

No escaso influjo tuvieron en Bélgica las primeras encíclicas de LEON, recibidas con particular afecto como palabra del Pontífice y del antiguo nuncio, y singularmente su carta al cardenal Primado y á todo el episcopado belga (1). Llegados al poder constitucionalmente los católicos, volvió á Bruselas el representante de la santa Sede, restablecióse la legación de Roma, y la instrucción cristiana recibió fuerte impulso en universidades y colegios. Grandes beneficios debe la nación á ese gobierno. Ha procurado trabajo á los pobres como ninguno, emprendiendo obras magnas de pública utilidad; ha protegido la agricultura y el comercio aliviándolos de gastos y reparando caminos, aun secundarios: ha subido el pre del soldado, pagando (caso único en el mundo) un resarcimiento diario á los trabajadores mientras militen sus hijos: ha creado más de dos mil escuelas nuevas y adoptado otras tantas de las que se llaman *libres*, duplicando en trece años el número de todas: ha reconocido el flamenco por lengua oficial, en beneficio del pueblo, cuya mitad no conoce otro idioma, progreso notorio á que siempre se negaron los liberales doctrinarios.

Sintió LEON profundamente los durísimos decretos del gobierno francés el año de 80, como lo revela su carta al cardenal arzobispo de París. Pero en la que escribió después al episcopado de la nación probó también que veía el estado político de Francia con más claridad que los mismos franceses del partido conservador católico, adictos casi todos á la monarquía. Que era vano su empeño en restaurarla, bien comprendido lo tenía el Papa, ya que la nación, católica siempre en su mayor parte, había tomado gusto á la forma republicana y deseaba guardarla, sin aprobar, ni mucho menos, los desmanes de hombres más sectarios que republicanos. Por esto recuerda LEON á los obispos que no es cosa inmutable la forma de gobierno, porque no es esencial; que la vida cristiana, privada ó pública, no está vincu-

(1) De 3 de agosto de 1881.

lada á la monarquía, como no lo está á ninguna otra forma política, siendo ello razón de que la Iglesia las admita todas y sólo repruebe el espíritu anticristiano á que obedecen algunos en el manejo de las cosas públicas; aconseja, en fin, á los católicos que acepten lealmente la República y se esfuercen en mejorar su acción, llevando á los altos puestos hombres que gobiernen republicanamente, mas sin ofensa de la cristiana libertad. Resintiéronse muchos monárquicos, quiénes por afección personal, quiénes por interés, quiénes por la falsa idea de que toda república en Francia tiene que ser mala, y que monarquía y gobierno católico son la misma cosa. Mas el Papa se mantuvo firme y repitió, llegada la ocasión, la misma enseñanza y recomendaciones. Cayó el velo, por fin, de muchos ojos. Fueron los católicos adhiriéndose paulatinamente á la forma republicana: avivado el espíritu nacional, tomó dirección más saludable: aun los poderes públicos sintieron el influjo de consejos tan prudentes y con afección tan paternal suministrados. El congreso nacional católico reunido en París el año de 97 constituyó una federación electoral sobre las bases de acatar la constitución, mudar las leyes adversas al catolicismo y entrar en acuerdo con los que desean gobierno pacífico en justicia y libertad. Estas conclusiones adoptó asimismo el congreso de la democracia católica de Lyon. Aun el duque de Orleans, aspirante á la corona, acabó por doblegarse á la política del Papa y la recomendó á sus prosélitos.

¡Quién hubiera entonces previsto que pocos años después la tiranía del espíritu sectario había de agravar las antiguas injusticias contra las comunidades religiosas y llenar de amargura los últimos días del Pontífice!

Las dificultades que se tocaban en las cosas de Alemania eran gravísimas: aquí la tenacidad férrea de Bismark; allá el odio de cisma atizando la pasión política del gobierno y de la mayoría parlamentaria. Lidiaba el Papa con un enemigo resuelto desde el principio á no cejar y á emplear sin reparo cualquiera medio de salir ó parecer victorioso; era su apellido de combate el famoso *No iremos á Canossa*, que á menudo repetía el canciller como para afirmarse en la resistencia. No cayó de ánimo LEON y acometió aquel negocio que había de ser obra de años, fecundo en varias mudanzas y en lances penosos. A todo fué superior la firme prudencia y el ánimo sufrido del Pontífice.

Dijera Bismark osadamente que no era el Papa, según el espíritu de las leyes de mayo, potencia autónoma con quien pudiera negociar con igualdad la monarquía de Prusia. Los atentados de Hoedel y de Nobiling contra Guillermo I le obligaron á mudar de lenguaje y aconsejar al emperador pidiese á LEON, al corresponder sus generosas congratulaciones, que ejercitase libremente el poder que antes le negara. Pero ese mismo año, al hablar en el parlamento el ilustre Windthorst por la enseñanza religiosa y restitución de las leyes abolidas para dar las de mayo, el odio á los católicos rompió

furiosamente y el ministro Falk, autor inmediato de éstas, lanzó la más fiera de sus peroraciones en medio de estruendosos aplausos. Príncipes y ministros declaraban las leyes de mayo irrevocables (1).

Prosigue el Papa la negociación con entereza digna, afirmando en carta al arzobispo de Colonia sus intentos pacíficos. Soporta magnánimo que Bismark le adjudique públicamente la oposición del *centro*, y que rehuse fe, con descomedimiento procaz, á la negación explícita que en ello emitiera la Sede romana. Con todo, la persecución empieza á mitigarse el año de 81, y antes que él acabe, propone el canciller á la asamblea se restablezca la legación en Roma, lo que se verifica el año siguiente. Mas hubo poco después nuevos rigores, y se pudo decir que, merced á la obstinación de Bismark, las negociaciones con Prusia giraban en un círculo vicioso, sin llegar nunca á término á pesar de los constantes esfuerzos de la santa Sede. En desquite, el ministro de Cultos declaraba que la legación de Roma no era accidental sino permanente, destinada á cultivar las relaciones entre las dos potencias; y tánto significaba ello, que un diario liberal de Roma (2), entre despechado y melancólico, dijo que «á Bismark se le podía considerar ya entrado en el patio del castillo de Canossa.» Todavía esto no alcanzó á detener violencias posteriores, que sin duda motivaron la sentida queja del Pontífice en el consistorio de 10 de noviembre de 84.

Pero muy pronto un suceso notable descubrió impensadamente los efectos que había hecho en la terrible obstinación del canciller la alteza de virtud y la sabiduría de LEON XIII. Ocupadas de hecho por Alemania algunas de las islas Carolinas, que ciertamente parecían abandonadas, ardió en ira el pueblo de Madrid, reclamó el gobierno, y como no cediese el de Alemania, era inminente el conflicto: propuso Bismark entonces someter la cuestión al Pontífice, como árbitro de fallo inapelable: vino España en ello, y sus derechos quedaron confirmados por el laudo pontificio, evitando así el Papa un rompimiento temible y captándose la gratitud de ambas naciones.

Llegó al fin el día de la paz, tan largamente deseada.

El 25 de mayo de 1886 promulgó el emperador Guillermo la ley del parlamento que abolía las de 1873. Poco después el gobierno pagó en parte, y en parte reconoció los millones debidos al clero católico por multas y confiscaciones impuestas en virtud de aquéllas. Fué nombrado Bismark en esta ocasión caballero de la orden de Cristo, y al dar las gracias á LEON dióle el tratamiento de *Sire*, propio de reyes. Así verificó lo que años antes escribiera de él una autorizada pluma protestante: «El hombre de estado más potente de nuestro siglo vese obligado á confesar que no pudo prevalecer contra la Iglesia católica, después de haber intentado quebrantarla...... Y

(1) *La Civilta Cattolica*, Cron. contemp. giugno 1878.

(2) *Il Diritto*.

así sucede siempre, que todo lo que el Estado hace en detrimento de la Iglesia acaba por volverse contra él mismo» [1].

No advirtió, sin duda, el emperador que había realizado aquel grande acto el día cabalmente en que el orbe católico celebra la fiesta de san Gregorio VII, el papa de Canossa, á quien se humilló su antecesor Enrique IV. Había dicho el canciller, como prudente general que dispone una retirada honrosa, *que el gobierno alemán, al dejar las armas, no iba á Canossa sino á Roma.* ¡Distinción más que sutil! Porque ir á Canossa ó ir á Roma era siempre ir al Papa. A él fué *moralmente* Guillermo I, en el hecho de deshacer su propia obra: á él fué *personalmente* su nieto y sucesor Guillermo II, hasta por tres veces, y ambos en circunstancias tales, que su acción salió harto más gloriosa para el pontificado que la sumisión de Enrique IV en el castillo de la condesa Matilde. Enrique, ciertamente, pasó los Alpes bajo los rigores de crudísimo invierno, y descalzo de pie y pierna se postró ante san Gregorio implorando absolución. Mas era que la Europa toda lo amenazaba y maldecía apellidándole **EXCOMULGADO,** el más terrible y oprobioso grito que podían escuchar en aquel tiempo oídos de hombre. Guillermo II, sin ver en peligro su imperio y dinastía, sin causa alguna de temor, ligado con vínculos de alianza al usurpador del trono de LEON, rindió á éste el homenaje de pública visita, no humillante para el que la hizo, mas para el que la recibió, honrosísima; y no satisfecho, la repitió el año de 93. Hallábanse en Roma á la sazón los emperadores para felicitar á los reyes de Saboya, Humberto y Margarita, en sus *bodas de plata.* Salieron, pues, una apacible tarde de abril Guillermo II y su esposa Victoria Augusta y se encaminaron al Vaticano. El hecho debía de amargar no poco al huésped y aliado: no tuvo más remedio que la paciencia. Mas ¿por qué esta vez, como la anterior, hospedado el monarca alemán en el palacio apostólico que tomó para sí el rey de Italia, se translada al de la legación alemana, y de allí sale para el Vaticano? ¿Por qué en ambas ocasiones se han pedido á Berlín las carrozas necesarias, como si careciera de ellas el usurpador de Roma? Es porque el Papa había declarado, una vez por todas, que no recibiría visita oficial, ni aún de testas coronadas, si llegaba de la usurpada residencia ó en trenes del usurpador era conducida. Sometióse Guillermo á estas condiciones, y rodeado de brillante comitiva, después de andar muchas calles regadas de rubia arena en las que hervía curioso y regocijado pueblo, recibiendo con la esposa el saludo militar del mismo ejército que veintidos años antes invadiera la ciudad santa, llegó, y fué recibido del augusto anciano que hacía las veces de Cristo en la tierra.

Cuánto significara este homenaje, la prensa liberal de Italia lo dejó ver mal de su grado, ya confesando que era «un acontecimien-

(1) M. Pressensé, en la *Revue politique et littéraire.* (*La Civilta Cattolica,* maggio 1882.)

to político de primer orden» [1]; ya quejándose agriamente de «la extraña visión de un emperador que, siendo huésped del rey de la Italia unida, va en la Roma italiana á saludar á un anciano que de este italianismo se desplace, teniéndolo por menoscabo de su derecho» [2]; ya examinando las condiciones que cumplió el emperador para entrar en la mansión papal, y declarando que «tal cumplimiento hace creer que las bodas de plata fueron pretexto, no más, tomado por el huésped de los reyes de Italia para llegar á la ciudad leonina» (el Vaticano) [3].

¿Qué habrían dicho si, penetrando en lo porvenir, hubieran visto la tercera y más solemne visita hecha por Guillermo II al Papa, no ha todavía cuatro meses [4], y con mayor y más espléndido aparato de majestad imperial?

Sobrábale razón al enojo italianísimo: porque si el príncipe de Bismark, en vida de Guillermo I, reconoció á LEON como rey al darle el título que sólo se da á los reyes, Guillermo II hizo lo mismo sujetándose al ceremonial y etiqueta de la corte pontificia, deseoso de tributar obsequio al Vicario de Jesucristo, dueño del mayor poder moral del mundo. Triunfo ciertamente acomodado á la calidad de nuestros tiempos. La fuerza moral, áspera en la edad media, como lo eran las costumbres, terrible en sus defectos, derribó á los piés de san Gregorio VII aquella fiera con semblante humano que se llamó Enrique IV: para nuestra época de acendrada cultura y para un imperio en que ésta notablemente reluce, usó Dios también de la fuerza moral, suave en procederes é influjos, pero no menos eficaz en grandes resultados. ¡La fuerza moral! ¡Alma de la sociedad divina á quien está prometida duración indefectible!

La prudencia de LEON, manifestada en varios negocios grandes por sagaz previsión y longanimidad, se dejó ver en todos por una como hija de esa misma prudencia, y es la *vigilancia*. Estimulada constantemente por la caridad, hízole capaz de atender á todo en el orden religioso, de llevar la cuotidiana labor del sumo Jerarca, sin que le abrumase el ingente peso de la *solicitud por todas las iglesias* [5], que el apóstol de las naciones contaba ya entre las causas de sus grandes trabajos y padecimientos. Entonces los apóstoles creaban y fundaban: los que hoy continúan su misión, y más que todos el Obispo de Roma, deben conservar lo adquirido para el reino de Dios, y acrecentarlo.

(1) *La Nazione*, de Florencia.

(2) *Il Folchetto*, periódico oficioso.

(3) *La Corrispondenza Verde*.

(4) Se pronunció esta oración el 21 de agosto.

(5) *Sollicitudo omnium ecclesiarum*. II Cor. XI, 28.

Proveyó LEON de pastores á casi todos los rebaños de Jesús: acércanse á cien las delegaciones, vicarías ó prefecturas apostólicas que fundó; pasan de ciento sesenta las sedes episcopales, trece de ellas metropolitanas: estableció la jerarquía eclesiástica en Bosnia y Herzegovina, en el Japón, en la India; la restableció en Escocia y Polonia; restauró la antigua silla de Cartago, cabeza ilustre del Africa cristiana, y el patriarcado de Alejandría para los coptos católicos, acto de paterna solicitud que «abrió para muchos no católicos el camino de la fe ortodoxa» (1). A los emperadores del Japón y de la China recomendó los cristianos de sus estados y especialmente los misioneros, esperanza de civilización y de salud para esas comarcas vastísimas, «porque es propio, decía, de su ministerio apostólico ayudar y defender en todas partes á la catolicidad cuanto en él fuera». Influyó en la extinción del cisma armenio y revistió con la púrpura al patriarca de Cilicia Hasún, dando sucesor al esclarecido Besarión después de cuatro siglos. Llevó á término la pacificación religiosa de Siria, acabó con el cisma de Mesopotamia, se interesó por los cristianos de Persia, aprovechando la afición respetuosa que inspiraba al soberano, y con amoroso y activo empeño echó los cimientos de la futura unión de los griegos con la Iglesia romana. Igualmente fueron convidados de él á la unión de los disidentes occidentales, con caridad paterna, sí, pero sin mengua de la verdad y el derecho, antes bien afirmando ser nulas las ordenaciones anglicanas, y por tanto, carecer de sacerdocio el protestantismo. Con aplauso común alentó á los pueblos eslavos, dando pública alabanza y prescribiendo se diese culto universal á aquellos dos grandes civilizadores, los santos hermanos Cirilo y Metodio, inventores del alfabeto eslavo, padres de las iglesias de aquellas comarcas: hízolo en el milenario de la muerte de Metodio, y el año siguiente vió en sus muros la ciudad eterna á mil trescientos eslavos conducidos del agradecimiento.

Debe nuestra América á LEON el haberla enriquecido de privilegios eclesiásticos, sacando á la vez de confusión y dudas los que de antiguo poseía, y haber convocado el primer concilio plenario que reunió en la ciudad eterna á los obispos iberoamericanos desde el paso de Magallanes, hasta el golfo de California. Y la anglosajona le debe el concilio III de Baltimore, la mejora de los estudios católicos, la delegación apostólica de Washington, vínculo saludable con la Iglesia de Roma, y la notable carta que dedicó á los mayores intereses de esa vasta cristiandad (2): admira él en una de sus páginas el vuelo rapidísimo del progreso americano; afirma en otra haber sido legítima la separación de la metrópoli, concepto éste asaz plausible á los hijos de la América latina, pues canoniza nuestra independencia, basada en unos mismos derechos que la otra, y de iguales ó parecidas causas derivada.

(1) Discurso de Boghos bey al sumo Pontífice (16 de septiembre de 1895).
(2) Del 6 de enero de 1895.

Aun el cielo parece deber al gran Pontífice. Como si á su fervor y celo religioso viniera estrecho el globo, LEON añade honor en el empíreo á los elegidos del Padre celestial, y los da como protectores á los hombres, declarando con infalible palabra la glorificación y las heróicas virtudes de una espléndida y numerosa hueste de amadores y atletas de Cristo.

Todo alto y noble pensamiento hallaba eco en el suyo, y nunca el bien de los hombres le fué indiferente. Al cumplirse cuatro siglos del descubrimiento de la América, además de celebrar en la catedral de Roma el centenario, y contribuir á la exhibición de la gran república americana, habló á los dos mundos diciéndoles aquella hermosa palabra, *Colón es nuestro*, es decir, gloria del cristianismo (1): donde la razón incrédula no ve sino curiosidad aventurera de un admirable ingenio, LEON mostró que había una voluntad ilustrada por la fe, sostenida por la esperanza, encendida en el amor de Dios y de los hombres. A los obispos de Hungría y de Alemania escribió concisa bien que razonada carta contra el duelo, grosera y criminal reliquia de tiempos de barbarie. Elocuentemente dijo del gratísimo obsequio que el emperador del Brasil y muchos dueños de esclavos le hicieron, libertándolos en memoria de su jubileo sacerdotal, é insinuó la esperanza de que pronto la esclavitud fuese abolida. Nadie ignora, en fin, cuánto estimuló con elogios, con mandatos, con auxilios cuantiosos la empresa nobilísima de Lavigerie, destinada á curar en el Africa esa misma afrentosa y acerba úlcera del linaje humano.

Con caridad de pontífice y largueza de rey, aunque sin caudales de rey, estableció en el Vaticano un hospital para enfermos del cólera cuando en el año de 84 la plaga asiática amenazaba la península, y socorrió á las víctimas de aquella en el sur de Francia. Auxilió seminarios: reparó y ensanchó el hospicio de huérfanos de los santos Clemente y Crescentino, fundado por Sixto V á orillas del Tiber; estableció el asilo infantil y talleres de Valmontone; y todos los años la Limosnería apostólica distribuía dotes y socorros, aliviando así LEON, monarca despojado, la pobreza del pueblo romano mejor que el poder intruso que disfruta las rentas del Estado eclesiástico.

Pontífice de la paz se le llamó en más de una ocasión, y con justicia. Observa el empeño de uno de los principales diarios ingleses porque se instituya una corte soberana que juzgue las cuestiones internacionales, primer paso para acabar con el azote de la guerra, y encarece al publicista que dirige ese papel su aprobación, su deseo de éxito dichoso (2). Casi en esos mismos días publicaban tres cardenales de la Iglesia romana otro documento notable sobre este asunto, Jaime Gibbons, arzobispo de Baltimore, Eriberto Vaughan, de Westminster, y Miguel Logue, primado de Irlanda: *como*

---

(1) Carta de 16 de julio de 1892.

(2) Carta del cardenal Rampolla á Mr. W. Hassingham, director del *Daily Chronicle* de Londres (9 de abril de 1896).

representantes del divino Príncipe de la paz, así decían, *y de la Iglesia católica en sus respectivos países*, dirigieron una generosa invocación á cuantos pudieran ayudar á formar opinión pública en favor de un tribunal permanente que fuese árbitro de paz entre las naciones. A estos y otros casos semejantes aludió el presidente del Congreso VII de la Paz en carta al Pontífice, discurriendo con gratitud en lo mucho que éste, directa ó indirectamente, por sí ó por autorizados intérpretes, había trabajado en favor de la paz universal.

¿Qué mucho, pues, que al promover Nicolás II de Rusia con igual espíritu el Congreso de la Haya deseara vivamente que LEON XIII se hallase representado en aquel areópago? ¿Qué mucho que deseara eso mismo y lo dijera en su autógrafa á LEON la reina de los Países Bajos? Con todo, no hubo, legado pontificio en la conferencia. ¿Por qué? Por haber manifestado el gabinete piamontés que no mandaría representante si el Papa enviaba el suyo, turbando así con intempestiva cuestión política ese importantísimo negocio, superior, como de orden moral, á cualquier político interés. ¡Enojos y miedos muy propios de los que se sienten débiles porque se reconocen usurpadores! Al pontificado, suma potencia moral en la civilización cristiana, designaban los precedentes históricos, mejor que á gobierno alguno, para ser el espíritu vivificante de tan benéfico designio: á no haber carecido de ese espíritu, fuera quizá el Congreso de la Haya más fecundo en resultados. Tal abuso de ilegítima prepotencia fue, además, prueba de inepcia política (y lo expresaron así plumas no católicas diversamente inspiradas), pues daba margen á que el Papa reiterase la queja de no ser libre en el ejercicio de su misión augusta y bienhechora (1).

III

Este agravio fue uno de los muchos que recibió de la revolución el venerable Pontífice; y todos, piedra de toque de su paciencia y fortaleza.

Era el Estado eclesiástico una de las más antiguas, y la más legítima y respetable de las monarquías de Europa. El voto de los pueblos oprimidos, la urgencia de salvar la sociedad cristiana, amenazada por los bárbaros y abandonada por ineptos y débiles emperadores; la generosidad del franco que, victorioso del opresor de Italia, cede al Vicario de Jesucristo el fruto de sus combates; y la voluntad unánime, constante, secular de esos mismos pueblos ya libertados, eran los firmísimos sillares en que descansaba moralmente el trono de los papas. Una revolución inspirada del odio al cristianismo casi tanto como del amor á la tierra italiana arrebató á los sucesores de S. Pedro las provincias en que habían ejercido más protección benéfica que imperio. Vió Roma su muralla quebrantada y

(1) *Le Temps* de París, *The Times* de Londres, *Le Journal de Geneve*.

abierta por los cañones de Víctor Manuel II, y al venerable Pío despojado de la soberanía y recluido en el Vaticano. Negras páginas del libro de la Historia que no miráramos ni os diéramos á leer si no llevaran escrita una de las mayores virtudes de LEON: su invicta fortaleza. Sin ella, los latidos del corazón doliente anublaran tal vez la claridad de aquel espíritu que debía formular tan altas verdades, concebir tan grandes designios, gobernar el mundo. Como justo loor al santo Papa Gregorio I el Grande dice la Iglesia que sus obras son especialmente admirables porque fué «débil de complexión y de salud excasa» [1]. LEON XIII vivió enfermo del alma. Desde su exaltación hasta su muerte soportó la malquerencia de un poder enemigo entronizado á su vista en otra mansión apostólica, tras el cual se habían introducido tal impía licencia y tal desgarro de costumbres cuales nunca escandalizaran á la ciudad eterna. Ofendido el Pontífice en papeles, en discursos, en las calles, en juntas públicas, en el parlamento mismo: negado su amor patrio, sus intentos calumniados, blasfemadas las cosas más venerables, y descollando entre las injurias de todos los días, injurias mayores que lastimaban la justicia, la religión, la persona de su jefe, el honor mismo de Italia.

Es llevado el cadáver de Pío IX al sepulcro que el mismo pontífice eligiera extramuros de Roma. Villana plebe lo insulta en el tránsito, desordena la comitiva fúnebre, pugna por echarlo al Tíber: de los salvajes pudieran aprender tales hombres el respeto á los muertos. Vitupera LEON el atentado y, como en respuesta, júntanse aquéllos en conventículos anticlericales.

Llega el centenario de Voltaire, notorio blasfemador de Jesucristo. Roma fué entonces eco de París. Aquí se vieron hartos franceses ensalzar sin medida al viejecillo cínico que durante su vida insultó de mil maneras á la Francia: viéronse allá gentes que blasonaban de amigos y defensores del pueblo glorificar á ese mismo hombre, escarnecedor del pueblo, de quien decía que *necesita, como los bueyes, yugo, pasto y aguijón* [2]. ¡Tan cierto es que cuando habla el espíritu sectario calla el patriotismo, y el sentido común también calla!

Al soldado aventurero que llamó *cáncer* de Italia á la Sede apostólica, institución de Cristo, esle erigida una estatua en alto lugar frontero al Vaticano. Estatua asimismo á Jordán Bruno, hereje impenitente, y con solemne aparato á pocos pasos de la Cancillería apostólica. ¿Qué vieron las sectas digno de loor en ese monje infeliz, apóstata de la fe y prófugo del claustro, obsceno, disoluto, corruptor de las costumbres, lisonjeador vil de los poderosos, inficionado de panteísmo, soberbiamente pagado de su saber, despreciador de sus émulos con aborrecimiento implacable? Pero fué racionalista y uno de los primeros que en su tiempo echaron de sí el santo y suave yugo

(1) Breviario romano, 12 de marzo.

(2) Dupanloup. *El Centenario de Voltaire.*

de la fe: error tenaz, soberbia voluntad, vida escandalosa, esto celebraron en el Bruno los sectarios para afrentar al pontificado que le juzgó y castigó según sus méritos. Impío desenfreno poseyó aquel día la ciudad eterna [1]: tremolaron estandartes con la imagen de Satanás, como habían tremolado ya en La Spezia, en Génova, en Brescia para honra de otros enemigos de Jesús. Completa libertad tuvieron las sectas para aquella obra nefanda.

Veamos cuál tuvieron después los católicos para una honorífica y loable.

En el año de 1892, memorable para la humanidad civilizada, algunas sociedades católicas, con permiso de la autoridad local, iban el 7 de agosto en ordenada comitiva á coronar el busto de Cristóbal Colón, que figura en un jardín público con los de muchos italianos ilustres. Casi al primer paso, grupos de gente díscola y rahez empiezan á silbar y gritar descompasadamente contra el Vaticano, contra Colón, y en favor de Jordán Bruno y Garibaldi: crece el tumulto: algunos cierran las puertas del jardín: ábrelas la policía: se entran ellos atropelladamente, corren hacia el busto del Descubridor, le echan encima banderas con el escudo de Saboya, y cuando la fuerza pública avanza para destaparlo, derríbanlo en el suelo entre vivas al rey y al ejército, y sobre de él amontonan ramas y follaje: el principal estandarte de los católicos es embestido con fiera vocería, pero valientemente sostenido en alto, no sin violencias y sangre. Doctrina que da el hecho: la escoria de la tercera Roma quiso y pudo revolcar en el polvo la efigie del que es gloria de Italia, de la religión y del mundo civilizado antes que consentir la honrasen los italianos católicos. Esto fué tolerado por el gobierno: veamos lo que de él fué promovido.

Ibase á cumplir un cuarto de siglo del asalto é invasión de Roma [2] y se determinó celebrar el aniversario á los ojos de la noble víctima de ese delito. Con todo y declararlo fiesta nacional, pasó entre la indiferencia de las naciones extranjeras, la división del municipio romano [3] y las protestas del mundo católico. Fueron harto disonantes sus principales notas: aquí, la carta del general que mandó el celebrado cañoneo; en ella se excusó de asistir por su vejez y achaques, y casi se excusó también de haber aportillado el santo muro: allá, el discurso que pronunció ante la corte el jefe del gabinete, quien no titubeó en echar mano de errores y falsedades para encomiar el sacrílego desmán, y aun osó injuriar á la sagrada majestad rendida, siempre augusta porque viene del cielo, y hecha entonces, por la ancianidad, más venerable. Pero ¿qué otra cosa se podía esperar de quien fué acusado públicamente de extorsión, falsedad y

(1) Domingo de Pentecostés, 9 de junio de 1889.

(2) Tuvieron lugar el 20 de septiembre de 1870.

(3) Treinta y dos concejales rehusaron asistir á los festejos y banquete del Capitolio.

soborno; de quien fué (por fines de política privada) mantenedor de la infausta colonia del mar rojo y de la inicua y desastrosa guerra de Abisinia?

Desastrosa para Italia y causa de nuevos dolores para el más ilustre y venerando de sus hijos. Queda roto el ejército italiano en Amba Alagi: viene poco después la jornada de Adua, no sólo derrota, sino calamidad sangrienta. En tan grave aprieto, el gobierno se percata de que el sumo Pontífice puede mejor que nadie aplacar al vencedor, y le insinúa lo intente. Accede LEON y manda al vicario patriarcal de Alejandría con carta en que ruega al emperador abisinio, «en nombre de la divina Trinidad y de la Virgen bendita», conceda á su corazón de padre la libertad de tántos cautivos arrancados á la patria y llorados de los que les aman. Vino en ello el abisinio, anuente á ruego tan venerable; mas poco después el gobierno italiano, que de su parte negociaba la paz, apresó una nave que llevaba municiones y armas para el vencedor; éste mudó forzosamente de ánimo y expuso al Papa que aquel proceder inesperado le obligaba, contra su deseo, á retener los prisioneros para conservar la única prenda de paz que poseía.

Mediado casi el año de 98, levantáronse en muchas partes de Italia sangrientos tumultos populares, ó fuesen ocasionados de la miseria, efecto en parte de las duras leyes fiscales, ó concitados por sociedades enemigas de la monarquía y de toda autoridad. Muchas disolvió el gobierno; pero abarcó en el castigo á muchísimas otras que eran sólo religiosas ó benéficas, juntas parroquiales, y hasta una confraternidad *para extirpar la blasfemia:* papeles católicos suprimidos, periodistas presos, sin respeto al sacerdocio en algún caso. No es fácil entender el criterio que inspiró esas providencias, puesto que los instigadores naturales, algunos de ellos conocidos públicamente, eran individuos ó asociaciones enteramente ajenos de la vida cristiana: era inevitable pensar que la seguridad pública no fué en esta ocasión (claramente lo dijo el Pontífice) sino *pretexto absurdo y mal disimulado artificio para calumniar á los católicos y atentar en su daño contra la libertad de asociarse.* Era, pues, evidente que *duraba en las cosas recientes el mismo espíritu que había informado las antiguas, y que se persistía en mantener viva la gravísima división que turba las conciencias y pesa como calamidad fatídica sobre el destino de Italia* (1).

Y á la verdad, no pueden los hijos de esa hermosa tierra ser buenos patricios según la monarquía de Saboya, sin ser malos cristianos según la religión y la justicia; no pueden ser cumplidos católicos sino reprobando lo que hacen sus mayores y negándoles toda cooperación política. Y todo por la vanidad pueril, amén de impía, de instalar en Roma el nuevo Estado, cual sucesor del antiguo universal imperio. Milán, Florencia ó Nápoles tienen quizá

(1) Encíclica á los italianos, de 5 de agosto de 1898.

mejores condiciones para capital de un reino grande; pero no halagaban el sentimentalismo ni la fantasía, que unidos con la aversión á la Iglesia fueron tupida venda para no ver que la grandeza moral y material de la Roma cristiana, la que no consiste en ruinas y recuerdos paganos, se debe toda á la religión y á sus pontífices.

Redújolos el atentado á una condición que por amigos y contrarios se juzgó mortal para la unidad católica: el papa *dependiente de un poder humano en lo político* (1). Porque inevitable parecía que naufragara también su independencia moral, del todo necesaria para que el mundo reciba la enseñanza y mandatos del papa como del papa solo. Independencia política, requisito necesario de la independencia moral. Faltando aquélla, la persecución y el martirio han hecho sus veces. La sangre de los pontífices, que en más de una ocasión enrojeció la cátedra en que predicaban y el altar en que celebraban los misterios, daba garantía infalible de que habían hablado siempre libres, siempre inmunes del influjo de los tiranos. LEON XIII padeció un martirio sin sangre, pero fecundo de prolijas amarguras: tuvo que asegurar su independencia moral ante los hombres con un esfuerzo perenne de la voluntad para sostener los derechos del pontificado sin transigir en un ápice con el invasor. Cosa insufrible al celo religioso y á la veneración de los católicos habría sido el Vicario de Cristo súbdito del rey de Italia, y motivo asimismo de recelo y desvío para todos los gobiernos. Divinamente fortalecido, demostro LEON hasta el último aliento que si corporalmente estaba en poder de los usurpadores, su espíritu fué libre siempre y soberano. La *cuestión romana*, espectro que desvela á los intrusos, fué transmitida íntegra por él al sucesor: la revolución domina en Roma, no en los romanos: los alóbroges (2) están acampados todavía en tierra del Lacio, nada más. ¡Magnífico trofeo de la fortaleza cristiana! A las tres coronas que simbolizan la autoridad de los papas en las tres iglesias que forma la humanidad redimida se añadió para ellos, después de la invasión, la cuarta corona, la de espinas, que más los asemeja á Cristo. Siete años la llevó Pío IX: más de veinticinco su eximio sucesor.

¡Descansa ya!

---

(1) Dice el insigne orador Ventura de Raulica: «Absténgome de citar el rasgo sublime de Bossuet y las profundas reflexiones de Fleury: pláceme, sí, que hable en favor de la soberanía papal un enemigo del papa. Decía Federico II en carta á Voltaire: «La necesidad de dinero sugerirá la idea de recurrir á la fácil conquista de «los estados de la santa Sede para subvenir á dispendios extraordinarios. Se dará una «buena pensión al Padre santo. Pero ¿qué será de él? Francia, Polonia, las demás «potencias católicas no querrán ya reconocer á un Vicario de Jesucristo subordinado á «la casa imperial: cada uno se dará un patriarca propio; habrá concilios nacionales; «todos se irán apartando poco á poco de la unidad de la Iglesia, y se llegará al punto de «haber en cada reino, así como lengua propia, separada y propia religión». Según el testimonio, pues, de Federico, despojar al papa de la soberanía temporal en el estado actual del mundo, es lo mismo que destruir la unidad. (Elogio fúnebre de Pío VII).

(2) Nombre antiguo de los saboyanos.

Descansa, podemos decir, que no ha debido de ser larga la purificación ultraterrena de quien ejerció tántas virtudes y sobrellevó tales trabajos, por quien tántas plegarias habrán subido al cielo desde toda región y en toda lengua. Tornó á Dios, de quien procediera, el principal elemento de ese varón providencial, dejándonos aquí, según dijo con harto menor asunto un claro ingenio:

Miedo en el corazón, llanto en los ojos (1).

Miedo, no tanto por nosotros, hijos de esta mitad del mundo á quien serenamente sonríe tan bello porvenir; miedo por tí, Europa, que cual Rebeca de las últimas edades llevas en tu seno dolorido pueblos rivales que se acechan mutuamente, armados de mil pertrechos homicidas; clases mutuamente hostiles que de muerte se aborrecen; delicadísima cultura contaminada de corrupción y con lunares de barbarie; riqueza grande mal repartida; miseria grande peor sobrellevada; ignorancia ó menosprecio de los bienes de lo alto; ardiente y ciega afición á los deleites. ¿Quién inculcará á tus hijos paz y fraternal amor? ¿Quién persuadirá á los que padecen, y no tienen fe, no busquen en el crimen remedio ilusorio á sus penalidades? ¿Quién predicará á poderosos y opulentos justicia para el pequeño y caridad con el desvalido? ¿Quién detendrá el amago formidable de odios nacionales y rencores de clases? ¿Quién dará consejos de celestial sabiduría á los pueblos y á los reyes?

DIOS.

Instrumento suyo fué LEON, y su gloria estriba toda en haber sido buen instrumento. Dios le dotó de excelso espíritu: puso él de su parte la recta voluntad, siempre enderezada al astro divino que es luz de los entendimientos é imán de los corazones. Fué servidor bueno y fiel. Deja inmenso vacío: Dios lo llenará. Todo lo bueno y grande es obra suya: ni su próvido amor padece mengua, ni fatiga su brazo omnipotente. Es el que es, fué y será: es el árbitro soberano que desde el fulgurante trono de los cielos ve pasar á sus pies en imponente sucesión los acontecimientos del mundo.

(1) Fray Luis de León.

